



# reseña

## El ADN del personalismo

Elías Pino Iturrieta: *Nada sino un hombre*. Caracas: Editorial Alfa 2007.

RAFAEL JIMÉNEZ MORENO

Una de las frases más polémicas del ensayista escocés Thomas Carlyle define a la historia como la suma de grandes biografías. Una visión que reniega de cualquier protagonismo colectivo y moteja de absurda la creencia, enraizada en determinadas corrientes del pensamiento sociológico, de un discursar humano limitado y condicionado por reglas objetivas y atemporales de cumplimiento inexorable.

En Venezuela, tierra pródica en personalismos, no faltará quien se apresure a secundar sin mayores miramientos la tesis del romántico Carlyle, sobre todo después de leer las páginas de *Nada sino un hombre*, el más reciente ensayo del historiador Elías Pino Iturrieta. Un buen documentado estudio que centra su mirada en el período comprendido entre el arribo de los conquistadores y la disolución de la Gran Colombia.

Pino identifica en la modalidad de colonización utilizada por la Corona española el primer hito en la formación de un ambiente propicio para el personalismo. La delegación plenipotenciaria hecha en el adelantado, un verdadero hombre de presa, configura una realidad americana que no tardará en distanciarse del entramado institucional propio de las cortes europeas. Ante la lejanía de las instancias judiciales, los habitantes de las incipientes villas y caseríos deberán resignarse a aceptar por toda norma de justicia y orientación ejecutiva la voluntad del más fuerte, del individuo previamente legitimado por armas y fueros.

La evolución del sistema colonial avanzará rápidamente hacia la formación de una sociedad de castas, cuyo mantenimiento por casi cuatro siglos

estará sustentado en un concepto restringido de la ciudadanía. Este arbitrario diseño social será avalado por los representantes eclesiásticos en 1687, con la promulgación de las Constituciones Sinodales de la Diócesis de Caracas. El documento divide a la fe ligresía en dos grupos: los padres de familia y la multitud promiscua. «Debido a la posesión de tierras, servidumbres y esclavitudes, los primeros están obligados a convertirse en soporte del trono y la fe mediante el control de los individuos incompetentes que forman el grueso de la población (...) indios, negros y criaturas nacidas de su mezcla, quienes carecen de capacidad para entender los dogmas de la religión católica y los fundamentos de la civilización española» (páginas 17).

En 1811 el expansionismo napoleónico sirvió de excusa a los encumbrados blancos criollos para tratar de transformar su dominio de hecho en un dominio de derecho. Para ello constituyeron una junta que se arrogó la preservación de las dignidades y prerrogativas del depuesto Fernando VII. Mientras Europa se desangraba, se consolidaba un intento independentista que colocaba su apuesta en la figura del republicanismo. La restauración de la monarquía española, los desaciertos militares y la ausencia de un verdadero apoyo popular signarán la caída de la primera experiencia libertaria.

Pino Iturrieta identifica en el advenimiento del capitán realista Domingo de Monteverde la inauguración del personalismo en Venezuela. Su presencia en el país no se traducirá en el restablecimiento del antiguo orden colonial. La visceral desconfianza que en todo momento le despertará el estrato social alzado en fusiles y construcciones lega-

les le llevará a rodearse de miembros de clases sociales hasta entonces excluidas de las funciones burocráticas. En palabras del historiador: «El experimento frustrado de la república ha producido una metamorfosis gracias a la cual se establece un nexo entre un hombre de armas y las clases humildes para el monopolio exclusivo y excluyente del gobierno. El capitán y los estamentos inferiores de la sociedad se convierten en el eje de la vida, mientras la fidelidad al rey y las ideas revolucionarias pierden la influencia que pudieron tener antes. El capitán ha servido de escalera para el ascenso de los pardos, de los zambos y de los blancos de orilla» (página 50). Con Monteverde también quedará iniciado el ejercicio de la función pública sin contraloría, el desconocimiento olímpico de las autoridades formales y la práctica social de la «antesala», ese intento extremo del personaje de a pie de tratar de conversar con ese «líder» que, supuestamente, le resolverá el problema.

Luego de pasar revista a las tropeñas de Boves y su mecanismo de captación de seguidores, Pino Iturrieta dirige su atención hacia los primeros casos de personalismo vernáculo. Menciona cuatro nombres: Simón Bolívar, José Antonio Páez, Santiago Mariño y José Tadeo Monagas. Cada una de estas voluntades aplicará, a su debido tiempo, una estrategia diferenciada para cumplir sus propósitos de dominación.

Abordar la figura del Libertador obliga al autor de *Nada sino un hombre* a desmarcarse de la corriente historiográfica que confunde sus páginas con la hagiografía del procerato. «Las orientaciones en medio de las cuales navega el análisis de la Independencia impiden que lleguemos a la conclusión que más no puede importar como pueblo: en uno

de los períodos fundacionales de nuestra existencia, cuando escogemos por fin el derrotero de la sociedad para volverlo tránsito permanente, nace y engorda el personalismo para devenir influencia difícil de evitar» (página 317).

Según Pino Iturrieta, el deificado Bolívar ejerce un personalismo alimentado por su condición de inocultable heredero de los patriarcas coloniales. Un convencimiento de superioridad y predestinación que se patentizará en la subestimación de las cualidades cívicas e intelectuales del pueblo y en sus persistentes ideas de republicanismismo no democrático (crítica acérrima de las tesis federales, defensa del senado hereditario y propulsión de atribuciones inquisitoriales del Poder Moral).

Incapacitado para establecer una conexión emocional duradera con la gente de tropa, el Libertador no vacilará en negociar espacios de poder con caudillos en ascenso como los generales Páez y Mariño, a la vez que intenta limitar la proyección pública de ambos competidores con la utilización propagandística de las ediciones de *El Correo del Orinoco*: «El personalismo bolivariano se torna ahora escurrizado porque no es un empeño rudimentario de dominación sino parte de un conjunto acompañado de pensamientos dignos de atención, de interlocutores extranjeros, de periódicos de raigambre ilustrada en cuyos folios se sustenta un proyecto nacional y una ilusión hispanoamericana. De ello se vale para ser el centro de las entradas triunfales, el eje de las milicias y una referencia ineludible frente a las figuras que más suenan, para acceder a una posición desde la cual llega a disponer del destino de los subalternos como hacía en el pasado el monarca, o para procurar y recibir honores que antes sólo se prodigaban a la real persona» (página 329).

El caso de José Antonio Páez introduce en el análisis la importancia del factor geográfico en el surgimiento y la consolidación del personalismo:

«El aislamiento de las comunidades no sólo perjudica el paso de las recuas que transportan los productos de la tierra, sino también el tráfico de la ortodoxia de cuño hispánico. En esas comunidades que predominan en la mayor parte del mapa no es frecuente la presencia de sus portavoces ni la amenaza de quienes pueden imponerla a la fuerza (página 108)». «El liderazgo de Páez proviene en bastante medida de un apartamiento de paisajes y hombres, de una formación individual y colectiva

## Con Domingo de Monteverde se inaugura el personalismo en Venezuela

cuyo sustento no ha dependido de las regulaciones oficiales de la Colonia. En el caso de este hombre excepcional el ascenso y la vida misma sólo dependen del valor, de gestos estentóreos, de ardidés frente al enemigo y de reacciones ante la soldadesca» (página 130)

Pero mientras las tierras llaneras no logran insertarse plenamente en la dinámica social y productiva de la vida colonial, la primogénita ciudad de Cumaná experimenta en su seno la febril actividad de una población con facilidades para el comercio marítimo. Una naciente clase propietaria se deja seducir por teorías políticas provenientes de Europa; avanzadas ideas que la hacen soñar con la cristalización de una república regional o, al menos, con una república nacional con vocación federal. El general Santiago Mariño, rico de cuna y con educación inglesa, despuntará como vocero natural de la orientalidad.

Ante la aparición de hombres fuertes, Pino Iturrieta sostiene: «En la medida en que se desata la guerra no sólo deviene fortaleza de un trío sobresaliente de personalismos sino terreno desde el cual esperan turno las medianías aún sin vigor para reclamar una plaza en las alturas» (página 326). «En todo caso, el fortalecimiento del personalismo depende de su relación con unas masas cuyas características no garantizan una

unión perdurable. Las carencias institucionales promueven un control asentado esencialmente en la forma manejada por cada uno de los líderes para llevar a cabo su proyecto» (página 327).

Este inestable equilibrio de individualidades se romperá abruptamente, de acuerdo con los estudios de nuestro cronista del personalismo, cuando el Libertador Simón Bolívar propone aplicar en la Gran Colombia el texto constitucional recientemente aprobado en la incipiente Bolivia, y en el cual se

establece la controversial institución de la Presidencia vitalicia. En los conservadores oídos de los nobles de Venezuela la idea suena a punto menos que herejía. Los jóvenes intelectuales venidos del exilio —los denominados liberales godos—, prevenidos ante un nuevo intento para herir de muerte al republicanismismo, optan por abrazar un mal menor y se apresuran a pactar con un hombre fuerte, Páez, un diseño nacional que le permita realizar unos primeros pasos hacia una sociedad de propietarios.

«Es la única posibilidad de evitar un naufragio que pudiera ser definitivo. En consecuencia, la nación que se establece en 1830 responde a un compromiso entre un proyecto liberal de sociedad restablecido por un grupo de individuos relativamente ajenos al proceso y el personalismo encarnado en Páez. Es el desenlace susceptible de satisfacer una urgencia recíproca de los políticos recién incorporados y del individuo ungido como salvador. No es poco lo que logra el republicanismismo con su alianza si recordamos cómo quedó maltrecho cerca de una tumba en la víspera, pero es inmensa la carga de condicionamientos y claudicaciones que deja para la posteridad» (página 333). ■

**Rafael Jiménez Moreno**

Comunicador social y egresado del IESA